

Alex Michaelides

Las Doncellas



A sus treinta y seis años, Mariana intenta recuperarse de la pérdida de Sebastian, el gran amor de su vida, ahogado durante unas vacaciones en una isla griega. Ella trabaja en Londres como terapeuta, pero cuando su sobrina Zoe, la única familia que le queda, la llama desde Cambridge para contarle que Tara, su mejor amiga, ha sido brutalmente asesinada cerca de la residencia de estudiantes, decide acudir en su ayuda.

Allí conoce a Fosca, un carismático profesor de Filología Clásica. El profesor mantiene un grupo de estudio con un número muy selecto de discípulas, todas hermosas y de familias elitistas, del que Tara formaba parte: las Doncellas. En el dormitorio de la joven, Mariana encuentra una postal con unos versos en griego clásico que exigen un sacrificio. Pronto los cadáveres de otras Doncellas irán apareciendo en el campus con los ojos arrancados y con una piña en la mano, y Mariana no solo deberá enfrentarse a la resolución de estos crímenes, sino a los fantasmas de su propio pasado.

Índice

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Tercera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Cuarta parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Quinta parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Sexta parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Epílogo

Agradecimientos

Notas

*Para Sophie Hannah, por darme
el valor de mis convicciones*

*Háblame de tu primer amor,
de esperanzas en flor, de locos del azar;
hasta que recorra las tumbas un temblor,
y los muertos comiencen a bailar.*

ALFRED, LORD TENNYSON, «La visión del pecado»

Prólogo

Edward Fosca era un asesino.

Aquello era un hecho, no algo que Mariana intuyera solo en un plano intelectual, como una idea. Se lo decía el cuerpo. Lo sentía en los huesos, en la sangre, en cada célula de su ser.

Edward Fosca era culpable.

Y, aun así, no podía demostrarlo, tal vez nunca pudiera. Ese hombre, ese monstruo responsable de al menos dos asesinatos, quedaría impune con toda probabilidad.

Un personaje tan engreído, tan seguro de sí mismo. «Cree que se ha salido con la suya», se dijo. Fosca imaginaba que había ganado.

Pero se equivocaba. Aún no.

Mariana estaba decidida a derrotarlo. Tenía que hacerlo.

Pasaría la noche entera analizando todo lo que había ocurrido. Allí, en aquella habitación pequeña y oscura de Cambridge, se devanaría los sesos hasta dar con la solución. Se concentró en la resistencia del calefactor eléctrico de la pared, que brillaba encendida en la penumbra, al rojo vivo, y trató de sumirse en una especie de trance.

Volvería al principio, intentaría recordarlo todo, hasta el último detalle.

Y atraparía a Fosca.

Primera parte

Nadie me dijo nunca que la pena se pareciera tanto al miedo.

C. S. LEWIS, *Una pena en observación*

1

Unos días antes, Mariana se encontraba en casa, en Londres.

Estaba arrodillada en el suelo, rodeada de cajas, tratando una vez más de poner orden entre las pertenencias de Sebastian, aunque sin demasiada convicción.

No lo llevaba bien. Ya había transcurrido un año desde su muerte, y la mayor parte de sus cosas continuaban repartidas por la casa, apiladas aquí y allá o metidas en cajas medio vacías. Era incapaz de finalizar aquella tarea.

Seguía enamorada de él, ese era el problema. Era consciente de que no volvería a verlo, de que Sebastian se había ido para siempre, pero seguía enamorada y no sabía qué hacer con esos sentimientos. Estaba colmada de un amor tan grande, y tan turbulento, que rezumaba, goteaba, se desbordaba como el relleno de una vieja muñeca de trapo se sale por las costuras.

Ojalá pudiera meterlo en una caja, como intentaba hacer con las cosas de Sebastian. Qué escena tan triste: la vida de un hombre reducida a una colección de objetos descartados y destinados a un mercadillo.

Mariana introdujo la mano en la caja que tenía más cerca y sacó unas zapatillas de deporte.

Las miró con atención: eran las viejas zapatillas verdes que se puso para ir a correr a la playa aquel día. Aún conservaban una ligera humedad y granos de arena incrustados en las suelas.

«Deshazte de ellas –se dijo–. Tíralas a la basura. Hazlo».

Ya mientras lo pensaba sabía que era imposible. No eran él, no eran Sebastian, no eran el hombre que amaba y amaría siempre, solo eran un par de zapatillas viejas. Aun así, desprenderse de ellas sería como automutilarse, como presionar un cuchillo sobre la piel y rebanarse el brazo.

En lugar de tirarlas, Mariana las apretó contra el pecho. Las acunó, estrechándolas con fuerza, como si fueran un niño. Y lloró.

¿Cómo había acabado así?

En el espacio de un año, un tiempo que antes habría transcurrido de manera casi imperceptible —y que ahora se extendía tras ella como un páramo desolado que había sido arrasado por un huracán—, su vida se había hecho pedazos y la había llevado hasta allí: con treinta y seis años, sola y borracha un domingo por la noche, aferrada a las zapatillas de un difunto como si fueran reliquias sagradas, cosa que, en cierto modo, eran.

Había muerto algo hermoso, algo puro. Solo le quedaban los libros que él leía, la ropa que vestía, los objetos que había tocado. Aún percibía el olor de Sebastian en ellos, aún notaba su sabor en la punta de la lengua.

Por eso era incapaz de tirar sus pertenencias. Si las conservaba, de algún modo Sebastian seguiría vivo, aunque solo fuera un poco; si se desprendía de ellas, lo perdería para siempre.

No hacía mucho, por curiosidad malsana y en un intento de comprender contra qué luchaba, había releído toda la obra de Freud sobre el dolor y la pérdida. Freud argumentaba que, tras la muerte de un ser amado, debíamos aceptar la pérdida desde un punto de vista psicológico y dejar partir a esa persona o, de lo contrario, corríamos el riesgo de sucumbir al duelo patológico, que él llamaba «melancolía» y nosotros conocemos como «depresión».

Mariana era consciente de todo eso. Sabía que debía renunciar a Sebastian, pero no podía, porque seguía enamorada de él. Lo quería, aunque se hubiera ido para siempre, aunque hubiera traspasado el velo. «Tras el velo, tras el velo», ¿de quién era ese verso? De Tennyson, seguramente.

Tras el velo.

Esa sensación tenía. Desde la muerte de Sebastian, Mariana había dejado de ver el mundo en color. La vida tenía un tono gris y mortecino, y se le antojaba distante, como tras un velo, tras una bruma de tristeza.

Quería esconderse del mundo, el ruido y el dolor, y refugiarse allí, en su trabajo, en su casita amarilla.

Y allí se habría quedado si Zoe no la hubiera llamado desde Cambridge una noche de octubre.

Con la llamada de su sobrina tras la sesión de grupo del lunes por la tarde, así había comenzado todo.

Así había empezado la pesadilla.

2

El grupo del lunes por la tarde se reunía en el salón de Mariana.

La estancia era bastante amplia, y quedó destinada a uso terapéutico poco después de que Mariana y Sebastian se trasladaran a la casa amarilla.

Les encantaba aquella casa. Se encontraba al pie de Primrose Hill, en el noroeste de Londres, y estaba pintada del mismo amarillo vivo de las primulas que cubrían la colina en verano. La madreseiva trepaba por una de las paredes exteriores y la tapizaba de flores blancas y fragantes; y en los meses estivales, su perfume se colaba en la casa por las ventanas abiertas, ascendía por la escalera y se demoraba en los pasillos y las habitaciones, colmándolo todo de su dulzor.

Ese lunes por la tarde hacía un calor desacostumbrado. Aunque estaban a principios de octubre, el veranillo de San Miguel se resistía a marcharse, como un invitado obstinado, y se negaba a prestar atención a las insinuaciones de las hojas moribundas de los árboles, que le sugerían que era hora de partir. El sol del atardecer inundaba el salón y lo bañaba de una luz dorada teñida de rojo. Antes de la sesión, Mariana echó los estores, pero dejó las ventanas de guillotina entreabiertas para que pasara el aire.

A continuación, dispuso las sillas en círculo.

Nueve. Una para cada miembro del grupo y otra para ella. En teoría, debían ser idénticas, pero una cosa es lo que uno quiere y otra lo que acaba siendo. A pesar de sus buenas intenciones, a lo largo de los años había reunido

una colección variopinta de sillas de comedor de materiales, formas y tamaños dispares. La actitud relajada respecto de las sillas tal vez fuese un buen reflejo de cómo dirigía sus grupos: Mariana abordaba las sesiones con un enfoque informal, incluso poco convencional.

En su caso, resultaba irónico que hubiera escogido como profesión la práctica de la psicología, y en concreto la terapia de grupo. Siempre había sentido cierta ambivalencia ante los grupos, incluso recelo, desde que era niña.

Había crecido en Grecia, en las afueras de Atenas. Vivían en una casona vieja y destartada, en lo alto de una colina tapizada con un manto verde oscuro de olivares. De pequeña, Mariana pasaba las horas muertas en el columpio oxidado del jardín, contemplando la venerable ciudad que se extendía a sus pies hasta las columnas del Partenón, que coronaba otra colina a lo lejos. Era tan vasta, tan inabarcable, y ella se sentía tan diminuta e insignificante, que la miraba con una especie de presentimiento supersticioso.

Acompañar al ama de llaves a comprar al mercado abarrotado y frenético del centro de Atenas siempre la ponía nerviosa, y se sentía aliviada, incluso un poco sorprendida, cuando regresaba a casa sana y salva. Las multitudes continuaron intimidándola a lo largo de su vida. En el colegio se mantenía al margen, creía que no encajaba con sus compañeros de clase, una sensación de la que le costaba desprenderse. Años más tarde, en terapia, comprendió que el patio del colegio solo era un macrocosmos de la unidad familiar, lo cual significaba que su desasosiego no estaba tan ligado a la situación que estuviera viviendo en ese momento –con el patio en sí, o el mercado de Atenas, o cualquier otro grupo en el que se encontrara– como a la familia en la que se había criado y con la casa solitaria en la que había crecido.

Aun en la soleada Grecia, siempre hacía frío en la casa familiar, a la que además envolvía una sensación de vacío,